

ROSTROS PRESTADOS

Una pausa cognitiva

Antes de convertirnos en nosotros mismos, nos convertimos en todos los demás.

Padres.

Maestros.

Amigos.

Jefes.

Parejas.

El mundo es generoso con las identidades.

Ofrece miles de versiones ya hechas de quien deberíamos llegar a ser.

Un buen hijo.

Un hombre respetable.

Un profesional de éxito.

Un marido de fiar.

Las recompensas son evidentes.

Aprobación.

Reconocimiento.

Pertenencia.

El coste es menos visible.

Distancia.

La distancia entre quien eres y quien representas.

Cuando era más joven, la representación se parecía extraordinariamente al éxito.

Aprendí a adaptarme.

A encajar.

A hablar la lengua que se esperaba en cada habitación.

Fue una habilidad que me abrió puertas toda la vida.

Pero cada rostro prestado traía consigo una pequeña deuda.

Una deuda pagada en autenticidad.

Pieza a pieza.

Nada dramático.

Ninguna catástrofe.

La erosión se produjo en silencio.

Como el agua remodela la piedra.

Como los años remodelan las certezas.

Mirando atrás, me doy cuenta de que a la mayoría de la gente no la atrapa el fracaso.

La atrapa el éxito.

El éxito hace difícil abandonar el camino equivocado.

Los aplausos se convierten en indicio.

Los logros se convierten en prueba.

El papel se convierte en identidad.

Y al final la máscara recibe más cuidados que la persona que la lleva.

Esa toma de conciencia no llegó de golpe.

Llegó en fragmentos.

A lo largo de años.

De países.

De relaciones.

De largos periodos de silencio.

Pero los cimientos se habían puesto mucho antes.

Se pusieron en aquellos primeros años en que aprendí que la aceptación podía ganarse convirtiéndome en lo que los demás necesitaran.

El mundo aplaudía.

La máscara prosperaba.

El rostro esperaba.

Pacientemente.

Su turno de hablar.

Ferdinando